



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA SESIÓN 12

CTX 110 LITURGIA I

López Rubio, Amós. “El espacio litúrgico”. En *Liturgia, fiesta de la esperanza: una introducción al culto cristiano desde una perspectiva ecuménica y latinoamericana*, compilado por Amós López Rubio, 200-211. La Habana: Editorial Caminos, 2018.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

El espacio litúrgico

Amós López

La liturgia no se celebra, solamente, en un tiempo determinado, sino, también, en un espacio físico preciso. Dentro de las tradiciones cristianas, podemos encontrar diversas posturas en relación con la importancia concedida al espacio donde se desarrolla el culto.

Para algunos, el espacio puede tener tanta importancia como el contenido mismo que transmite la liturgia. Para otros, lo fundamental es la reunión de las personas creyentes y el lugar de encuentro resulta totalmente secundario.

Nelson Kirst sugiere, al menos, tres razones por las cuales es necesario dar importancia al espacio litúrgico. Son teológicas, antropológicas y litúrgicas. La razón teológica indica que, de acuerdo con la tradición bíblica, Dios siempre se encuentra con su pueblo en algún lugar, porque este Dios no es una idea sino un ser vivo que se manifiesta por medio de acciones y objetos concretos. La razón antropológica nos dice que los seres humanos establecemos una relación entrañable con aquellos lugares que evocan experiencias significativas, capaces de marcar nuestra vida. Sentimientos y recuerdos transforman los lugares en centros de sentido y afirmación de la existencia.

Por último, la razón litúrgica sostiene que

El lugar litúrgico y el culto se condicionan mutuamente. Por un lado, el lugar litúrgico es siempre resultado de una cierta teología del culto. Piense en algunas iglesias que ya conoce y

reflexione conmigo. ¿Qué teología del culto se manifiesta en esos lugares? Por ejemplo: existen iglesias donde el púlpito sobresale, majestuoso, por encima del altar. Ellas están comunicando que la predicación de la Palabra predomina sobre la Cena del Señor. Esta es una teología del culto bien definida [...]. La mayoría de nuestras iglesias agrupa a las personas en bancos pesados e inamovibles, bordeados de pasillos apretados. La teología del culto de tales iglesias expresa que la función de las personas es la de ser espectadoras, de permanecer quietas, mirando la nuca de quienes tienen delante, oyendo y observando lo que se dice y se hace por la persona que está oficiando el culto. Por otro lado, la configuración del lugar litúrgico influye en el culto que allí se realiza. El lugar litúrgico puede actuar a favor o en contra del culto que acoge. Por ejemplo: la mala acústica de una iglesia atenta contra la predicación de la Palabra y contra el canto comunitario, perjudicando así la participación de las personas. Bancos apretados, dispuestos unos detrás de los otros, y pasillos estrechos dificultan la participación de las personas y la articulación de la comunidad como cuerpo de Cristo. (Kirst 4)

Cualquiera que sea nuestra posición al respecto, el espacio de la celebración es un elemento a tener en cuenta porque los locales elegidos y las formas en que estos se arreglan u organizan, responden a varios factores de los cuales no siempre estamos conscientes. Al igual que todos los elementos de la liturgia, el espacio comunica un mensaje, que no se puede desligar de lo que está ocurriendo en él: “[...] es el espacio del sueño. Es el espacio de la utopía. Es el espacio de la esperanza” (Maraschin, *La belleza de la santidad* 90).

Un espacio puede ser acogedor en su diseño y estructura, cuando las personas se sitúan en círculo, a un mismo nivel, se pueden ver los rostros, comparten palabras, oraciones, cantos, se invita a la intimidad, al recogimiento y al silencio; este ámbito puede transmitir varias ideas: 1) la comunidad que allí se reúne es una familia donde cada quien es bien recibido y aceptado; 2) la comunidad allí reunida valora altamente su espacio litúrgico

como una ruptura con la agitación y la inmediatez de la vida actual, que invita a la pausa, la oración, la meditación y la reflexión. Un espacio semejante propone un encuentro con Dios a través del encuentro cara a cara con el hermano y la hermana, así como la revisión personal y comunitaria de la vida.

Un espacio puede ser vistoso, bien iluminado, habilitado para recibir a cientos de personas, provisto de alta tecnología en sonido e imagen como es propio para un evento multitudinario. Puede sobresalir una plataforma o escenario donde un grupo de músicos y cantantes hagan vibrar a las personas y desde donde el predicador despliegue un discurso cargado de emoción y poder persuasivo. ¿Qué ideas transmite este espacio?: 1) que se puede encontrar a Dios en lo sensacional, en la emotividad inmediata; 2) que puede producirse el encuentro a través de un culto despersonalizado, anónimo, masificado. Este espacio se presenta jerarquizado; delimita muy bien quiénes son los actores y quiénes, los espectadores, sin dejar de evidenciar quiénes se colocan más cerca de Dios.

Los espacios hablan de las personas que los ocupan. Pueden informar acerca de su situación económica, de su gusto estético, de su preocupación o despreocupación por el ámbito que utilizan; pueden dar cuenta de sus convicciones e ideales, de su manera de entender y enfrentar la vida. El espacio litúrgico incluye varios entornos dentro de sí: espacios de autoridad, de diálogo o confrontación, de encuentro o dispersión, de centro y periferia —porque también hay personas que siguen quedando fuera de nuestros espacios.

Asimismo, los que ocupamos nos definen, nos presentan ante los demás. Así, el espacio litúrgico comunica el tipo de iglesia que somos, la manera en que creemos, la manera en que nos relacionamos.

Como bien señala Ione Buyst,

Durante siglos, se le dio más importancia a la construcción, al templo, que a la propia comunidad. El templo era considerado la “casa de Dios”. Hoy volvemos a redescubrir el valor primordial de la comunidad. Es ella la “casa” de Dios, el sacramento de la

presencia y de la acción del Señor aquí y ahora. La construcción debe estar en función de la comunidad.(10)

Breve recuento histórico de los espacios litúrgicos en la tradición judeo-cristiana

Aquellos lugares en los cuales ocurría una revelación de Dios, se convertían en espacios sagrados. Esa fue la experiencia de los patriarcas. Los sitios que recuerdan sus encuentros con Dios y la renovación de la Alianza, llegaron a ser lugares de culto y peregrinación. Algunos ejemplos son los santuarios de Betel, relacionado con Abraham y Jacob (Gn 12,8; 28,10-22); el santuario de Beerseba, relacionado con Abraham e Isaac (Gn 22,19; 28,10); Siquén, relacionado con Abraham y José (Gn 12,6; Jos 24,32); y Silo, relacionado con Josué y Samuel (Jc 18,31; 1 S 3,19-21). Una vez que el pueblo hebreo sale de la esclavitud en Egipto, el tabernáculo como espacio litúrgico expresaba la experiencia de adoración de un pueblo en marcha por el desierto hacia la tierra prometida.

Cuando las tribus de Israel se establecieron en la tierra de Canaán, el espacio litúrgico continuó ligado a los santuarios de los patriarcas. Años más tarde, el culto en el templo de Jerusalén centralizó la vida religiosa de Israel y generó el sacerdocio profesional, lo cual contribuyó a una creciente jerarquización de los espacios litúrgicos.

Después de la destrucción del templo de Salomón —en el siglo VI a.C.— y de la dispersión judía fuera de Palestina, surgen las sinagogas¹ como espacios de culto y resistencia cultural en tierra extraña. A diferencia del culto sacrificial del templo, la liturgia sinagoga se centra en la lectura y comentario de la Ley de Moisés y los Profetas, y, además, se cantan los salmos y se pronuncian oraciones y bendiciones.

Aunque frecuentaban el templo y la sinagoga, el culto de las primeras comunidades cristianas se desarrollaba en las casas que

¹ El término griego *sinagoga* —“concurrancia”, “asamblea”— indica tanto el lugar de reunión como la asamblea misma de las personas allí reunidas.

los creyentes ofrecían a la comunidad.² Allí celebraban el *ágape*, comida festiva y fraternal. La eucaristía o comunión tenía lugar en este marco. A finales del siglo II y a causa del crecimiento de las comunidades cristianas, algunas casas se convirtieron en construcciones más amplias donde los espacios iban revelando un uso pastoral determinado —para el bautismo, la eucaristía, la enseñanza—. Son las llamadas *domus ecclesiae* (“casa eclesial”, “casa de la asamblea”) (Pastro, “Las cosas nuevas” 20).

Las catacumbas o cementerios romanos sirvieron de espacio litúrgico a las comunidades cristianas en tiempos de hostilidad y persecución, cuando se precisaba de lugares poco frecuentados y seguros. Muchos cristianos y cristianas sufrieron el martirio por ser consecuentes con su fe, de ahí que los cultos en las catacumbas afirmaran la fe cristiana en la resurrección y remarcaran la memoria de los mártires. De hecho, en años posteriores, muchas de las iglesias fueron construidas sobre las tumbas de los mártires.

En el siglo IV de nuestra era, al convertirse el cristianismo en religión oficial del Imperio Romano, las iglesias abandonaron los espacios domésticos para comenzar a utilizar las basílicas, edificios donde se administraba justicia y se realizaban contratos. El modelo arquitectónico de las basílicas (Anexo 1) fue el patrón que, después, siguieron los templos y catedrales que comenzaron a construirse por toda Europa, Asia y África. Los grandes espacios ocupados por estos edificios afianzaban las diferencias entre clero y pueblo, además de transmitir a los fieles la sensación de pequeñez ante la grandeza de Dios, lo cual se consolidó, de manera especial, en la arquitectura gótica.

El diseño de los templos fue —y sigue siendo— un medio privilegiado para la expresión del simbolismo y el arte cristianos,

² Vale aquí recordar que las primeras comunidades cristianas no dieron mucha importancia al lugar de reunión sino a la comunidad misma como cuerpo de Cristo, reunida en torno de Cristo. Para la iglesia naciente, Dios no habitaba en construcciones hechas por manos humanas (Hch 7,48-50) y el Cristo Resucitado era el nuevo y verdadero templo donde Dios habitaba (Jn 2,19-21; Col 2,6-10), todo lo cual también se atribuye a la propia comunidad cristiana (Ef 2,19-22; 1 P 2,4-5).

para comunicar los contenidos de la fe. Las historias sagradas representadas en los vitrales representaron, por mucho tiempo, la Biblia de las personas analfabetas, cuando el idioma en que se expresaba la liturgia no les era accesible.

Desde aquel momento y hasta nuestros días, la concepción de los espacios litúrgicos ha alternado entre los diferentes modelos que hemos expuesto. Junto a las antiguas catedrales y parroquias, coexisten los templos cristianos de la modernidad, que asimilan las nuevas tecnologías constructivas y, al mismo tiempo, numerosas comunidades cristianas continúan reuniéndose en espacios domésticos.

Luiz Carlos Ramos identifica tres patrones espaciales que han caracterizado al culto cristiano en su devenir histórico:

[...] el *concepto medieval*, que resalta el altar, pues su teología refuerza el aspecto místico y espiritual de la participación en el misterio de la eucaristía. El *concepto cartesiano*, posterior a la Reforma del siglo XVI, que destaca el púlpito, reforzando el aspecto intelectual, conceptual y didáctico de la fe. Y el *concepto mediático*, común en la actualidad, que valoriza el escenario, el aspecto espectacular del evento celebrativo, cuyo centro pasa a ser el *performance* de los celebrantes como comunicadores-actores y el de los instrumentistas y cantantes.(57-58)

Pensando la relación entre liturgia y espacio

Antes de pensar en el local de celebración, la comunidad necesita pensar el culto que quiere celebrar y responder las preguntas: ¿cuál es el culto —y la comunidad— que queremos y cómo debe desarrollarse en este ambiente arquitectónico? ¿Cómo responde este espacio a la identidad y las necesidades de la comunidad celebrante?

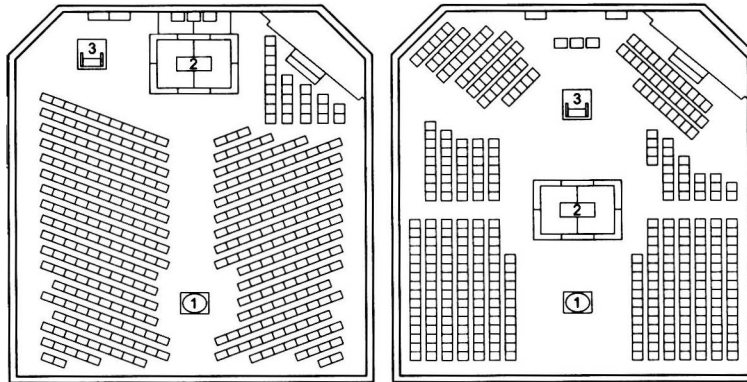
Los espacios litúrgicos deben garantizar una buena comunicación entre todas las personas que participan de la celebración. Esto no solo implica que puedan verse y escucharse entre sí, sino que, también, tengan posibilidad de interactuar, de desplazarse sin dificultades —sobre todo en acciones como el abrazo y el be-

so de la paz, la acogida a visitantes, a las procesiones y a personas que son instaladas en funciones especiales—, de sentirse en un ambiente cómodo, acogedor y agradable.

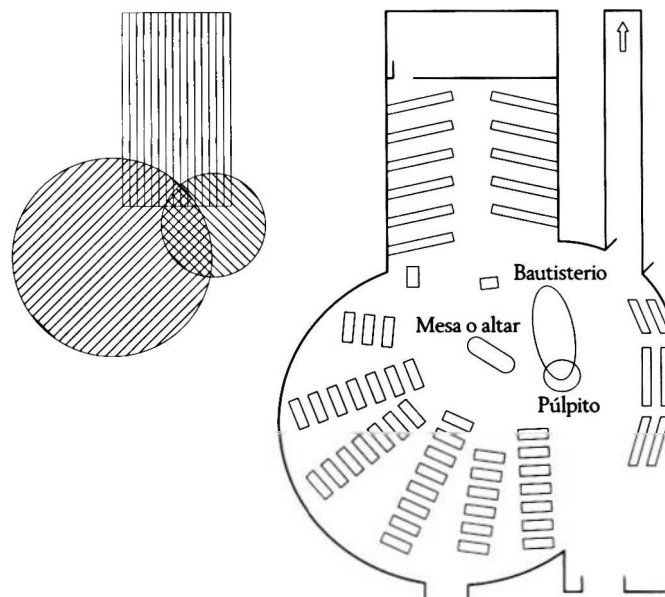
En la historia de la liturgia cristiana y de los espacios donde esta se ha desarrollado, se pueden identificar tres elementos litúrgicos alegóricos que, a su vez, han expresado fundamentos teológicos del culto cristiano y de la propia vida de las comunidades de fe. La fuente bautismal (bautisterio, pila) ha indicado, siempre, que la comunidad cristiana nace del bautismo, que la iglesia es una comunidad de personas bautizadas.³ El estante de lectura (ambón, púlpito) es el lugar de la lectura y proclamación de la Palabra de Dios; su función es mostrar la Biblia al pueblo. La mesa del altar (mesa de la comunión) acoge el pan y el vino para la Cena del Señor; no debe sobrecargarse con otros objetos—en caso de que los hubiera, deben tener dimensiones reducidas para no opacar el pan y el vino.

Ninguno de los tres centros es más importante que otro; deben recibir la misma valoración y destaque en el ambiente de la celebración. Uno de los desafíos para la buena arquitectura eclesíástica es conseguir una relación equiparada entre los tres y mantener así un mismo nivel de atención. La ilustración que sigue muestra algunas propuestas de espacios litúrgicos donde estos centros son bien visibles y guardan una relación simétrica entre sí. El área marcada con el número 1 indica la fuente bautismal; la señalada con el número 2, la mesa de la comunión y la 3, el lugar de la proclamación. Nótese las variantes de distribución de los asientos alrededor de estos puntos y la preocupación por proveer zonas amplias para la circulación de las personas.

³ Algunas tradiciones cristianas (como el cuaquerismo) no celebran el rito bautismal, pero sí afirman su fe en el bautismo del Espíritu. El bautismo es entendido como un proceso de limpieza y purificación, que no necesita ser acompañado de ritos externos, lo cual no impide que el bautismo sea comprendido y experimentado como parte de las vivencias de la iniciación a la vida cristiana en comunidad de fe.



La siguiente figura es otro ejemplo de cómo combinar diferentes criterios espaciales: lo rectangular con lo circular. La asamblea se distribuye, de manera balanceada, en ambos espacios y los centros litúrgicos quedan en lugares visibles y asequibles para todas las personas.



Pero los centros litúrgicos no son los únicos espacios importantes en el desarrollo del culto. Veamos otros que, de igual manera, deben ser tenidos en cuenta.

- El espacio del encuentro y de la dispersión: es el lugar donde las personas pueden saludarse, confraternizar, ponerse al día. Esto puede hacerse antes y después del culto.
- El espacio de la congregación: la comunidad reunida busca la comunión y es señal visible de la presencia de Dios. Este es el lugar donde acontece el culto propiamente.⁴
- El espacio bautismal: no se trata aquí de la fuente bautismal sino del área que la rodea, un espacio para que toda la comunidad pueda presenciar y acompañar el acto litúrgico del bautismo.
- El espacio de la mesa del altar: la mesa debe estar cerca de la comunidad y a la vista de todos y todas. A su alrededor, debe haber amplitud y fácil acceso. La comunidad se acerca para recibir la Cena del Señor.
- El espacio del grupo de música: su función es la de apoyar, impulsar y embellecer el canto congregacional; cantar con la comunidad.⁵

⁴ Por razones precisamente de limitación de espacio, en muchas iglesias el lugar del encuentro y la dispersión es, al mismo tiempo, el lugar congregacional donde se desarrolla la celebración. Sin embargo, hay iglesias donde, aunque existe la posibilidad de contar con ambos espacios, no se tiene conciencia de estas diferencias. Valdría la pena que las comunidades pensarán en el asunto ya que cada espacio debe ser valorado según sus sentido y utilidad. Si tenemos conciencia de ello cuando estamos en otros espacios de la vida familiar y pública, ¿por qué no tenerla en el espacio de la liturgia?

⁵ Cuando se utilizan otras manifestaciones artísticas en el culto, como la danza y el teatro, estas no deben ocupar los espacios de los centros litúrgicos. Los ministerios artísticos deben estar en función de la liturgia y respetar los centros litúrgicos —lo cual es, también, señal de respeto a los principios teológicos de la comunidad allí reunida—, porque el arte cristiano no es un fin en sí mismo sino un soporte adecuado para la comunicación eficaz del mensaje de la liturgia.

- El espacio de la circulación: integra todos los centros y las distintas áreas. La liturgia supone movimientos, desplazamientos a los diversos centros y áreas de celebración.

James White sugiere algunos criterios a tener en cuenta para pensar, sentir y organizar el espacio litúrgico.

- Utilidad: servir a la finalidad a la cual se destina ese espacio.
- Simplicidad: cada cosa en su lugar, ausencia de lujo y ostentación.
- Flexibilidad: el lugar litúrgico debe ser moldeable; cultos diferentes requieren configuraciones diferentes.
- Intimidad: crear una atmósfera de acogida y comunión, los ambientes pequeños son preferibles a los grandes.
- Armonía y belleza: proporcionalidad, equilibrio, paz, limpieza, ausencia de lo agresivo, de lo artificial, de lo vulgar (81-83).

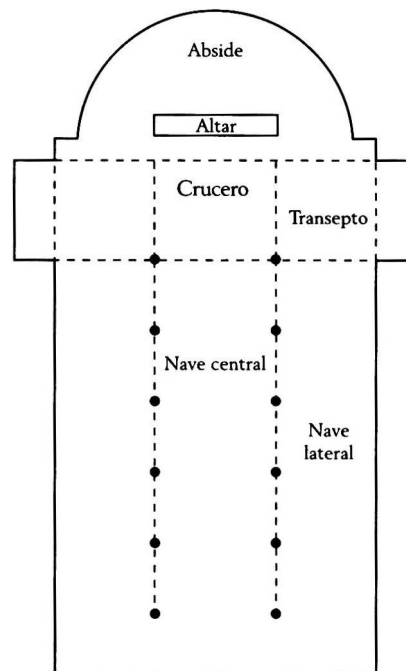
A estos criterios, quisiera añadir los de identidad —destacar lo esencial en ese espacio— y conformidad al contexto —cultural y socio-económico— de la comunidad que celebra.

Como bien indica José Aldazábal, el espacio donde la comunidad se reúne para celebrar su liturgia debe lograr combinar la funcionalidad —facilitar desde el punto de vista práctico el buen desarrollo del culto— y la expresividad de su simbolismo —comunicar lo que es y lo que celebra la comunidad cristiana—; debe ser un signo —que anuncie valores evangélicos y evoque realidades profundas— para los miembros de la comunidad de fe y para toda la sociedad —hacia dentro y hacia afuera— y debe combinar la sencillez con la dignidad.

La sencillez puede y debe ir unida a la dignidad, a la belleza, a la armonía, y también a esa expresividad simbólica que haga de este lugar un recordatorio continuo de los valores que representa en nuestra vida [...] Una noble belleza, dentro de una mayor austeridad externa de formas: equilibrio difícil de conseguir, pero que debería buscarse para que la iglesia siga siendo una

casa de oración de la comunidad y un signo en medio de la sociedad. (Aldazábal 372)

Anexo 1



Bibliografía

- ALDAZÁBAL, José. *Gestos y símbolos*. Barcelona: Centro de Pastoral Litúrgica, 2003.
- BUYST, Ione. "El local de la celebración en la periferia de las ciudades", *Revista de Liturgia* 72 (1985): 5-13
- KIRST, Nelson. "Construir y reformar iglesias". *Tear: Liturgia en revista* 14-15 (2004): 3-19.
- MARASCHIN, Jaci. *La belleza de la santidad. Ensayos de liturgia*. São Paulo: ASTE, 1996.

- PASTRO, Claudio. "Las cosas nuevas tienen raíces antiguas".
Revista de Liturgia 72 (1985): 14-22
- RAMOS, Luiz Carlos. *En espíritu y en verdad. Curso práctico de liturgia*. São Paulo: EDITEO, 2008.
- WHITE, James. *Introdução ao culto cristão*. São Leopoldo: Sinodal, 2005.